

MISCELÁNEA, por Ramírez.



20 cts.

- Oye, Luisa ¿Por qué nome regalas este perrito, para que me haga compañía?
- Cuando te cases.
- Entonces ya no me hará falta.

DE TODO UN POCO



CUANDO estas líneas salgan á la luz pública tengo por seguro que habrá comenzado ya el inevitable banqueteo entre los artistas laureados en la última Exposición de Bellas Artes.

Raíces tan hondas ha echado en España la fatal costumbre de celebrar todas las cosas comiendo en unión y á costa de los amigos, que hoy no se concibe un triunfo sin el banquete de rigor, lo cual constituye una amenaza constante para el estómago y el bolsillo de los ciudadanos que tienen la desdicha de codearse con estos héroes de comedor al uso.

Indudablemente el comer es una de las obligaciones más agradables que la vida nos impone, sobre todo cuando se tiene apetito y el número de platos que componen el «menú» está en relación directa con la calidad y exquisitez de los mismos.

Yo, si he de ser á ustedes franco, soy poco amigo de tales comidas ociosas, en que, como el pan y el vino, son artículos de primera necesidad los brindis y el «magnesio».

Prefiero el humilde y clásico cocido nacional, con su patata amarilla y su chorizo vermellonado, á ese repertorio insufrible de platos exóticos que aderezan en los «restaurants», bautizándoles con nombres franceses á fin de que la mayoría de los comensales se queden sin saber lo que han embaulado.

No carece de fundamento lógico este plan de conducta observado por los fondistas españoles, que con él demuestran conocer á fondo una de nuestras flaquezas principales: la del amor excesivo á lo patrio.

Un plato de guisado pedido así predispone á la indigestión.

Una ración de «ragout» ya es otra cosa.

Y, sin embargo, viene á ser lo mismo.

*
**

El Jurado, después de la consabida deliberación y de los consabidos disgustos de siempre, emitió su fallo otorgando las recompensas á aquellos que, según su conciencia, más lo merecían.

¿Fué justo? ¿No lo fué?

Quédese la discusión de este punto para los inteligentes en la materia y para los críticos, que se despacharán á su sabor empleando columnas y más columnas en aducir razonamientos que, al fin y á la postre, sólo serán tenidos en cuenta por los interesados, sus únicos lectores, pese al Arte.

Para el público, en general, son de mucho más interés las noticias referentes al estado de *Bombita* ó del Gaona.

No quiero decir con esto que á nadie absolutamente preocupe la anulación de medallas llevada á cabo en el actual certamen.

Dos, por lo menos, es seguro que han de sentirlo sinceramente: los amos del Fornos moderno y el «Ideal Room», lugares elegidos por lo general para teatro de estas comilonas.

Siempre son algunos banquetes que dejan de darse.

*
**

Muchos, muchísimos son los artistas que á estas horas andan por ahí echando pestes contra los miembros del Jurado calificador al ver que sus obras quedaron sin alcanzar los premios que ellos consideraban indiscutibles.

No da usted cuatro pasos sin que lleguen á sus oídos diálogos como éste:

—¿Has visto? ¡Qué felonía!

—Ya, ya.

—¡Mira que darle la medalla de honor á Pinazo, teniendo allí mi «Raja de melón puesta al fresco»!

—Ayer estuve fijándome en ella.

—¿Qué te ha parecido?

—Muy bien.

—¡Ya lo creo! Como que cuantos individuos la vieron me han dicho en seguida: ¡Qué melón! Dan ganas de sacar la navaja.

—¿Para qué?

—Para hacerlo pedazos y comérselo. Con decirte que el otro día un chiquillo cogió una perra porque se empeñó en que su madre le diera las pipas.

—Lo creo. ¿Y no te lo han premiado?

—No. En cambio, á Salaverría y á Martínez Cubells, sí.

—Lo habrán hecho con segunda.

—¡Con primera! Pásmate.

—¡Qué escándalo!

Adolfo Sánchez Carrère.



¡Lo que son las cosas!... A *ese* le hace andar 60 kilómetros por hora y á mí me tiene aquí dos horas sin adelantar un paso.



Quiero trazar unas breves divagaciones acerca de ese verbo encantador que los caletres ilusionados de los que comienzan llaman, con un poco de dorada hipérbole, el verbo *llegar*.

—Usted ya no puede quejarse. Le ha costado muchas angustias, pero al fin ha *llegado*.

¡Llegar! Sí que cuesta muchos dolores, muchas miserias, y que antes de *llegar* se deja uno los más floridos jirones de juventud entre los tentáculos de la más sórdida pobreza; que en la hora encantadora de soñar sueños de arte, el pobre ingenio torturado sólo se aguza para inventar artilugios contra la necesidad. Pero, ¡ah!, después de *llegar*... entonces es cuando se comprende que no valía la pena de haber *llegado*.

Porque aquí no se puede vivir de la literatura. Aquí hay un ambiente de cretinismo que asfixia; aquí no hay más que cucos, arribistas, negociantes del arte. Hay tal muralla de estupidez, que anula el esfuerzo más denodado, los oídos y los ojos tienen taponés y telarañas que no les dejan ni oír ni ver lo bello, lo alado, lo generoso. La mayoría de los literatos, los directores de periódico, con raras excepciones, y los empresarios carecen de sensibilidad artística.

La gente no comprende bien. Escribir mejor que los demás cofrades, sentir á veces bajo del cráneo deslumbramientos de ideal, no hacer del arte granjería ni prostitución es muy perjudicial para el romántico personaje que se adorne con tan extravagantes cualidades.

—Aquí hay que ser vivo, ¿eh? Decoro artístico, amores literarios... Lo interesante es la *fasta*, y esa se gana escribiendo *El país de la machicha*.

Y he aquí cómo después de pensar pomposamente que *se ha llegado*, para vivir es preciso escribir una cosa semejante á *El país de la machicha*. Es una grosera imposición del mal gusto colectivo.

De los periódicos no hay que acordarse. Los señores consejeros, directores y gerentes están muy ocupados con alguna combinación política ó mercantil que se traduzca en una pingüe realidad para la administración del periódico. Esas bellas palabras que veis escritas, tales como *El honor nacional*, *El bienestar público*, *La justicia*, *El sacrificio por tal ideal político ó social*, además del encanto retórico, tienen una ramificación sólida en los libros de caja ó en la gaveta particular.

Todo es negocio, pirueta, sablazo, chanchullo, arribismo á algún pedestal de la conveniencia ó de la vanidad.

Un teatro por dentro es una cosa perfectamente repugnante. Entre esa taifa no hay ningún decoro literario. Se roban los asuntos de un autor extranjero ó del indígena que se descuide, y del que roba las comedias hechas se suele decir con un guiño de picardía:

—Vaya un *socio*. Eso es tener *pupila* y habilidad.

Y nunca se piensa en la aplicación de un *quince con seltz*,

que es como se llama en el caló delincuente á esa sanción tan adecuada para la mayoría de los autores de género chico.

En lo que toda esa canalla está de acuerdo es en el odio hacia el escritor. Una obra teatral hecha por un escritor no le puede gustar al público, dicen ellos. No tiene efectos. Los efectos son los latiguillos, los chistes groseros, y también en los teatros de melodrama los incendios, las violaciones, los asesinatos, el traidor que comete un delito á la vista del público y es castigado un inocente; la doncella perseguida por un monstruo de liviandad, á quien el galán preferido estrangula en una torre en el último cuadro. Todas estas brutalidades son los efectos, lo que le gusta al público, ¡pobre y calumniado público!; eso es lo único que saben hacer los autores y lo que ha embrutecido á la mayor parte de los cómicos, endureciéndoles la sensibilidad. Claro es que las cosas finas, las que tienen el verdadero secreto del arte escénico, que es la emoción, triunfan, aun contra la opinión de los actores, que se quedan muy sorprendidos.

Pero creen que se ha equivocado el público, y tornan á *El país de la machicha* ó á *Los ojos vacíos*. Yo creo que había que hacer algo violento.

**

Los señores Jover y González del Castillo han estrenado *La maja de los claveles*, un sainete primoroso, escrito con gran donaire y un justo sabor de época.

Hay en la obra romances admirables, llenos de colorido y de galanía, con un jacarero espíritu de majeza madrileña. Las majas y los chisperos parlan muy atinadamente y como en su tiempo, lo que le da á este sainete goyesco un gran sabor arcaico del más noble y gentil abolengo en su género.

Los señores Jover y González del Castillo han hecho una primorosa y artística labor. *La maja de los claveles*, por su estilo y por su donosura, puede resistir el juicio frío del lector, que encontrará en ella grandes encantos de buen gusto y de ambiente poético sin necesidad del artificio teatral de actores y de decorado.

Es el mejor elogio que se puede hacer de una obra de teatro, cuando casi ninguna resiste la lectura.

Emilio Carrere



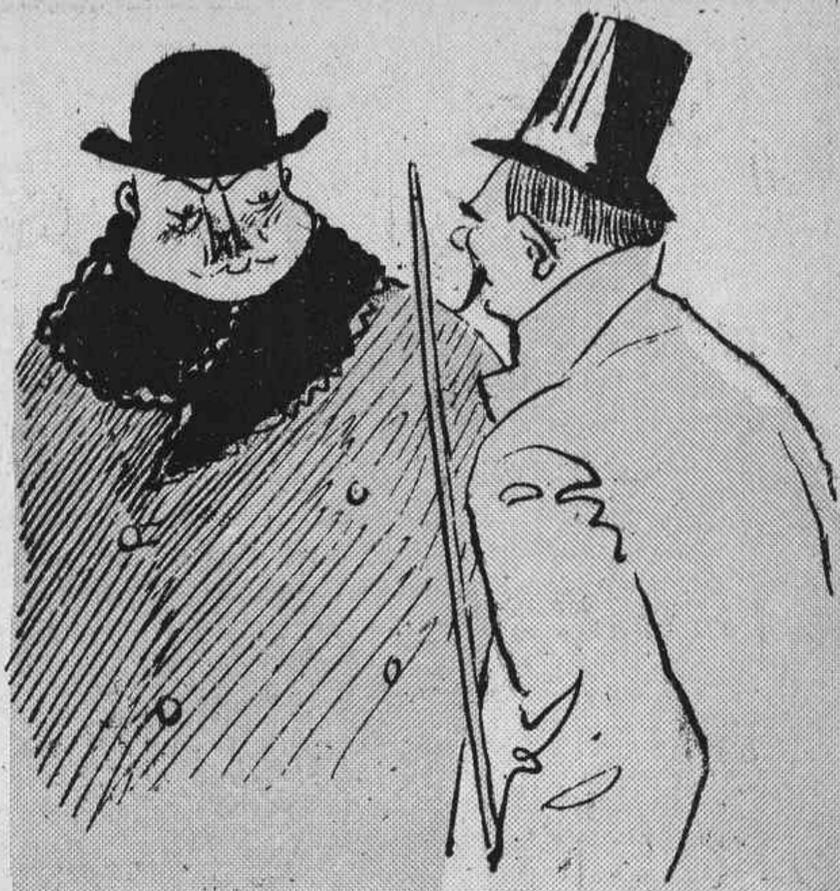
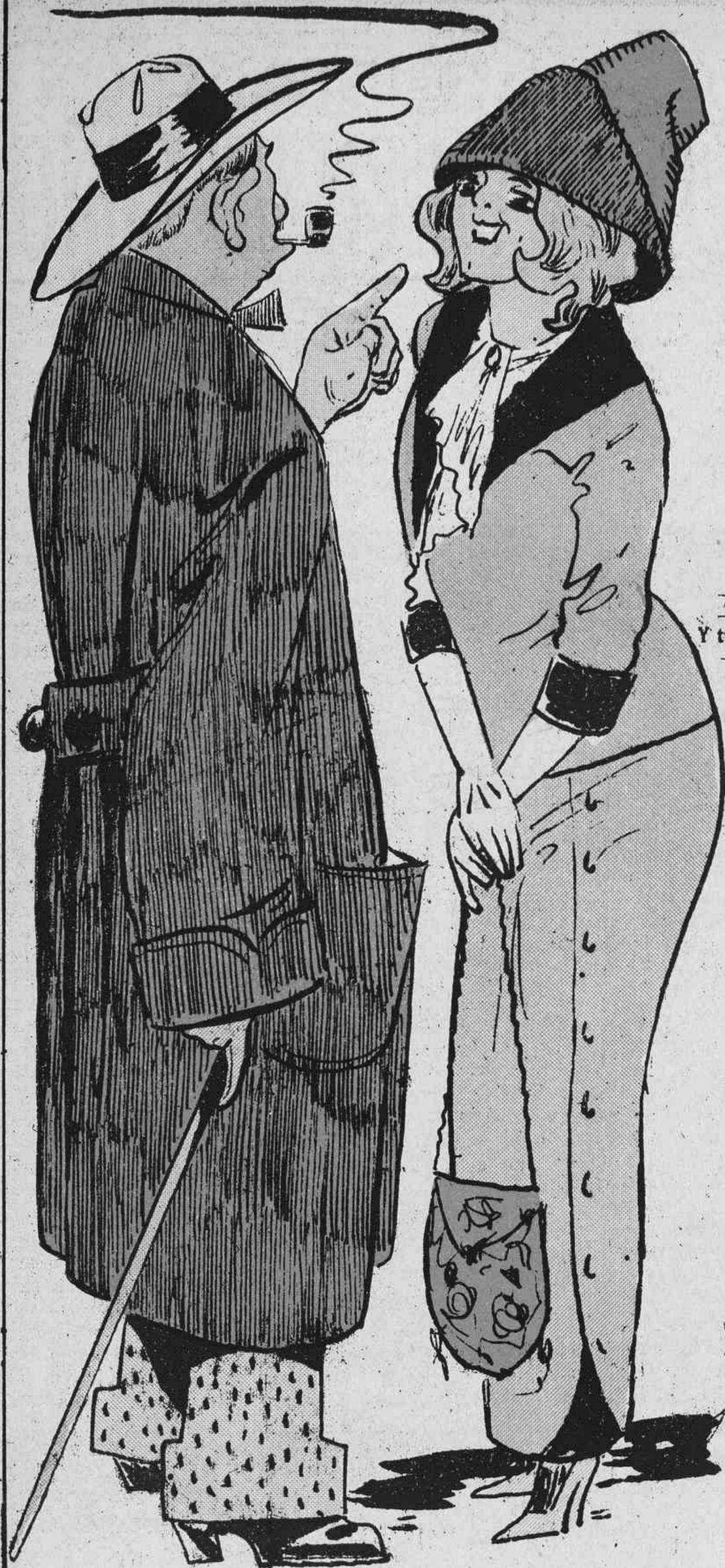


El guardia.—¿Desde cuándo va usted á dejar de emborracharse?

El borracho.—Desde mañana.

El guardia.—Lo mismo me dice usted todos los días.

El borracho.—Es que á mí me gusta sostener lo que digo.



—¿Con gabán en el mes de Junio?
—Lo llevé por necesidad. Voy á la sierra del Guadarrama.
Y tú ¿lo llevas también á la Sierra?
—No, yo lo llevo al Monte.



Almoguera

—¿Por qué no se casa usted, Pepito?
—Porque aborrezco el dinero y el casamiento es igual que las monedas.
—¿En qué?
—En que el matrimonio es *cruz* y la mujer es *cara*.

—Oye, Luisín, tú que sabes de cuentas, dime: Si tu mamá me da diez pesetas para la compra y gasto siete ¿cuánto tengo que devolverla?
—Cinco.
—No puede ser.
—Sí, porque has sisado lo ménos dos.



EL COCO ASUSTADO CON EL CORAZÓN EN UN PUÑO.

Espectáculo curioso.—En la Comedia.—El crimen primero.—Programa sanguinario.—Homicidio segundo.—Se va la cabeza.—«Lui».—Sensación irresistible.—Una letra sin conocimiento.—Subvencionados.—A la calle.—Con el corazón en un puño.

Para evitar dolorosos desengaños á las muchísimas eminencias médicas que tienen el honor de leerme, las cuales, atentas siempre al movimiento científico, pudieran suponer por el subtítulo de esta información que iba á descubrirles algún fenómeno fisiológico, comenzaré advirtiéndoles que no es por ahí.

El órgano indispensable para la vida se encuentra muy á gusto siendo inquilino del principal izquierdo en el edificio de nuestro pecho, y no ha cambiado, ni piensa cambiar por ahora, de domicilio.

Si esto último llegara á ocurrir alguna vez, yo lo sabría seguramente con antelación y sería el primero en dar á ustedes la noticia, aprovechando tema tan interesante para llenar las tres columnas de reglamento en la primera plana del periódico, acompañadas (¿cómo no?) de mi vera efigie en interviú con los pulmones.

Espectáculo tan curioso sería éste como lo es el que voy á relataros, pues sabed que de un espectáculo se trata.

Ello ocurrió hace seis días.

Serían las nueve y media de la noche próximamente cuando Durán y yo entrábamos en la calle del Príncipe.

Al pasar junto al teatro de la Comedia advertimos un movimiento inusitado en el personal. Porteros y acomodadores parecían revolucionados. Tal era su constante ir y venir de un lado para otro.

—¿Qué ocurrirá?
—Debe ser algo grave.
—Es preciso saberlo inmediatamente.

—¿Penetramos?
—Huelga la pregunta.

El conserje del teatro, de pie en el centro del vestíbulo, dirigía con entusiasmo bélico aquellas maniobras dando en alta voz las órdenes oportunas, como si fuera un jefe militar en campo de operaciones.

Unos y otros, con rapidez vertiginosa, aparecían y desaparecían conduciendo en sus manos sendas tazas.



—¡Tila al cinco!
—¡Agua de azahar al dos!
—¡Un antiespasmódico al ocho!

Estos eran los gritos que se oían por todas partes.

—¿Qué pasa?—pregunto—. Esto parece el teatro de la guerra en vísperas de un ataque.

—¡Ojalá fuera uno solo! Son catorce los ataques habidos hasta ahora.

—¡Caracoles!

—Y trece desmayos; y veintiséis convulsiones.

No quise oír más. Sin duda se tra-

taba de una catástrofe verdaderamente horrible.

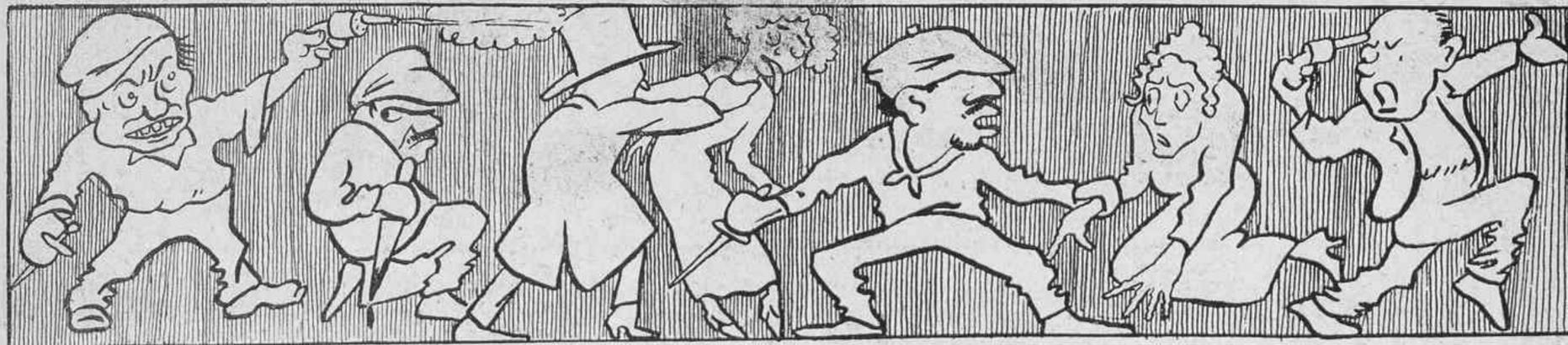
Asustado entré en la sala. Era un sepulcro. El más imponente de los silencios reinaba en ella. Los espectadores permanecían inmóviles, pálidos y lívidos con la vista clavada en el escenario.

Cualquiera hubiera creído hallarse en presencia de una legión de cadáveres. La actitud de éstos, que para nada se movían de sus asientos respectivos, era observada desde una de las plateas por el Gobernador, produciéndole satisfacción visible. Allí no había muertos que se levantasen. No era cosa de juego en realidad lo que allí se veía. Mis pupilas pudieron comprobarlo poco después al enfocar, curiosas, el moderno tinglado de la trágica farsa.

Un joven, de aspecto sombrío y complexión robusta, encaramado en un lecho miserable, atenzaba con sus dedos fuertes el cuello de una anciana, enferma de gravedad, acortando su agonía por medio de la estrangulación, crimen que el médico forense descubrió al llegar más tarde en compañía del comisario para hacer el reconocimiento y extender la certificación debida, que es la de muerte en este caso.

El criminal oculta su culpabilidad en un principio. Pero al oír la lectura del testamento, en que la víctima le nombra heredero universal de sus bienes añadiendo además que es su madre, confiesa su delito, y en un acceso de locura, ante la monstruosidad de la falta cometida, se entrega en manos de la Justicia pidiendo para sí todo el inhumano rigor de las leyes.

La representación de este suceso que ocurre á primera hora sirve de «vermouth» (¿cómo será lo demás?)



para preparar los nervios de la concurrencia á mayores y más bruscas emociones.

Fiando en mi temperamento inalterable, cual los brillantes al carbono, tuve la heroicidad (bien puede calificarse así) de arrostrar el resto del sanguinario programa.

Quería ver por mis propios ojos las desgracias que producía el «guignolesco» espectáculo.

Ilumináronse las baterías. Iba á comenzar el homicidio segundo.

Con gran dificultad pudimos verlo. Nos lo impedía la señora ocupante de la localidad anterior con las exageradas proporciones de su cabeza, aumentada por la excesiva cantidad de postizos que en el peinado lucía para tormento de cuantos espectadores se hallaban detrás.

Llega la situación culminante.

Un «apache» baila con una ramera su danza característica.

Esta ramera es quien le ha denunciado á la policía. El lo sabe. Y en una de las vueltas, sin que ella se aperciba, saca el kilométrico de la eternidad y, sin darle tiempo para que prepare la maleta, la obliga á emprender el viaje hundiéndole en la espalda la acerada hoja.

Los efectos no se hacen esperar.

Surgen los desmayos.

La señora que tenemos delante padece de pronto y, pasándose la mano por la frente, exclama:

—¡Ay, Dios mío! Se me va la cabeza.

—¡Ojalá fuese cierto!—comenta Durán.

—¿Por qué, hombre? ¡Qué mala idea!

—Así lo podríamos ver bien.

Hecho durante el entreacto el arrastre de las bajas, y de las altas y medianas, pues entre las víctimas las hay de todas las estaturas, da principio la tercera *horripilantez*.

Esta se titula *Lui* y es la más sensacional de la «crónica de sucesos» que lleva por repertorio la notable compañía italiana, según nos advierte el compañero de tortura que tenemos al lado.

Aparece en su alcoba una de esas mujeres que tienen cartilla y dinero en el Monte.

Asomada al balcón se entretiene

en llamar la atención de cuantos hombres pasan, invitándoles á subir.

Por distraerse coge un periódico y lee la descripción de un crimen horrible, espantoso.



El agresor no ha sido habido.

En todas partes cuecen habas...

Para facilitar su captura, el diario publica las señas personales de él. Así sabemos que es rubio, de mediana estatura y tiene una cicatriz en el brazo izquierdo.

El ruido de pasos en la calle viene á interrumpir la lectura.

La «cocotte» se asoma. ¿Será un hombre? Sí; lo es. Le invita á subir por señas, y, ¡oh, felicidad!, sube.

Poco después entra el individuo.

Es rubio, de mediana estatura y viene completamente embriagado.

Tras una serie de escenas interesantísimas y espeluznantes resulta que aquel hombre es «Lui», es decir, él; el feroz criminal á quien buscan las autoridades por su reciente asesinato, cuya descripción ha traído la Prensa.

Ella, en lucha titánica con el pavor superlativo que le domina, se finge mimosa y complaciente; y cuando ya en la cama él queda dormido, poco á poco logra evadirse de sus brazos que la aprisionan, para tenernos más de diez minutos en una tensión nerviosa capaz de aniquilar el organismo más fuerte y mejor constituido.

Hasta la respiración llega á contenerse, siendo de tal magnitud el silencio que impera en la sala, que el vuelo de un mosquito en aquellos

instantes sonaría de igual manera que la Banda municipal en un *crescendo fortísimo*.

Así suena también el *suspirazo* que sale de todos los pechos, cuando, al fin, la protagonista consigue salir de la habitación y va á dar parte al ama para que lo ponga en conocimiento de las autoridades.

Esta, al marcharse, la vuelve á encerrar con el asesino, quien despierta al ruido de las voces y de la lucha.

Y es entonces cuando la sensación terrorista escala los últimos peldaños de lo irresistible.

Cunden los desmayos, los ataques, las convulsiones.

Una joven cae desvanecida junto á nosotros. La señora que la acompaña pretende volverla en sí. ¡Todo inútil!

—¡O! ¡O!—dice, llamándola por su nombre.

—¿Qué es eso?—pregunto á Durán.

—Una letra—me responde.

—¿Qué le pasa?

—¡Está sin conocimiento!—contesta la señora de marras, llena de sobresalto.

—Entonces—añade Izquierdo— es una letra inútil.

—¿Por qué?

—Porque una letra sin conocimiento no se puede cobrar.

Yo no puedo resistir más, y abandono la sala, aterrorizado. Durán me sigue.

Interviuvamos á un acomodador:

—¿Qué compañía es esta?

—La italiana que dirigen Sainati y la Staraci.

—¿Y Sainati *Staraci* mucho tiempo?

—No sé. Pero creo que sí, porque aseguran que está subvencionada por los médicos especialistas en enfermedades del corazón.

—Gracias. Adiós.

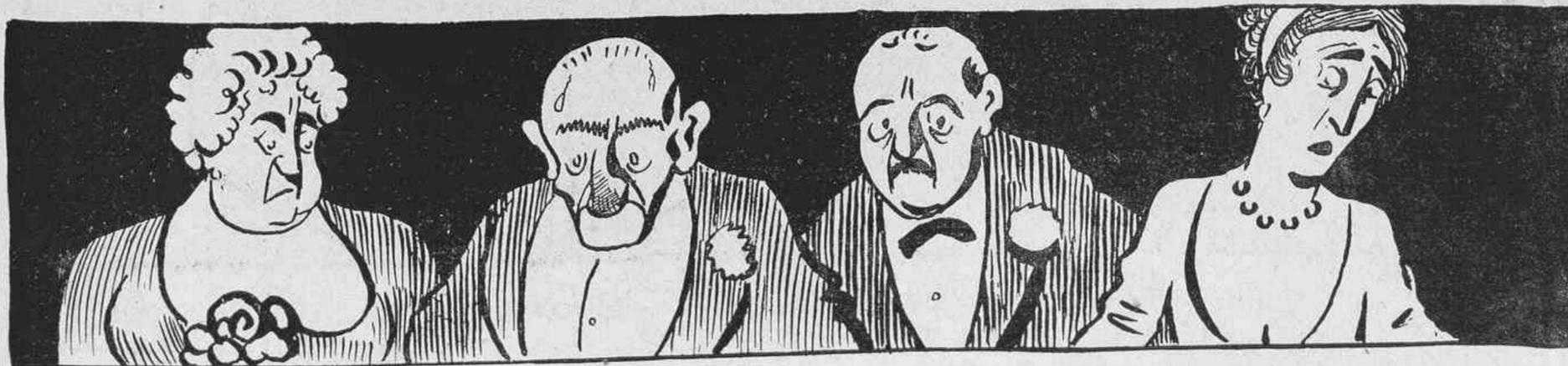
Ya en la calle, le digo á mi compañero gráfico:

—¿Sabes que salgo con el corazón en un puño?

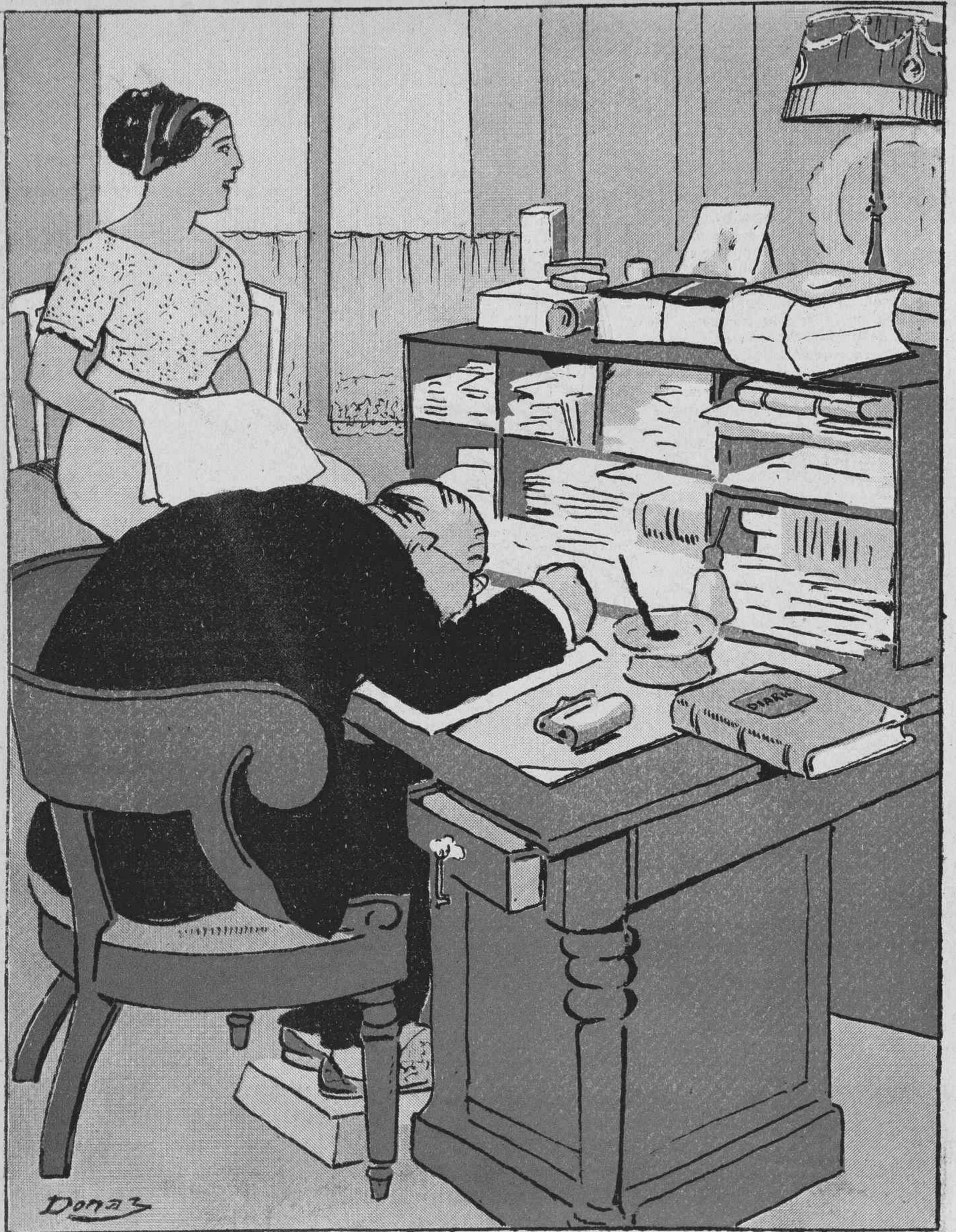
—¿De veras?

—No lo dudes. Te hablo con el corazón en la mano.

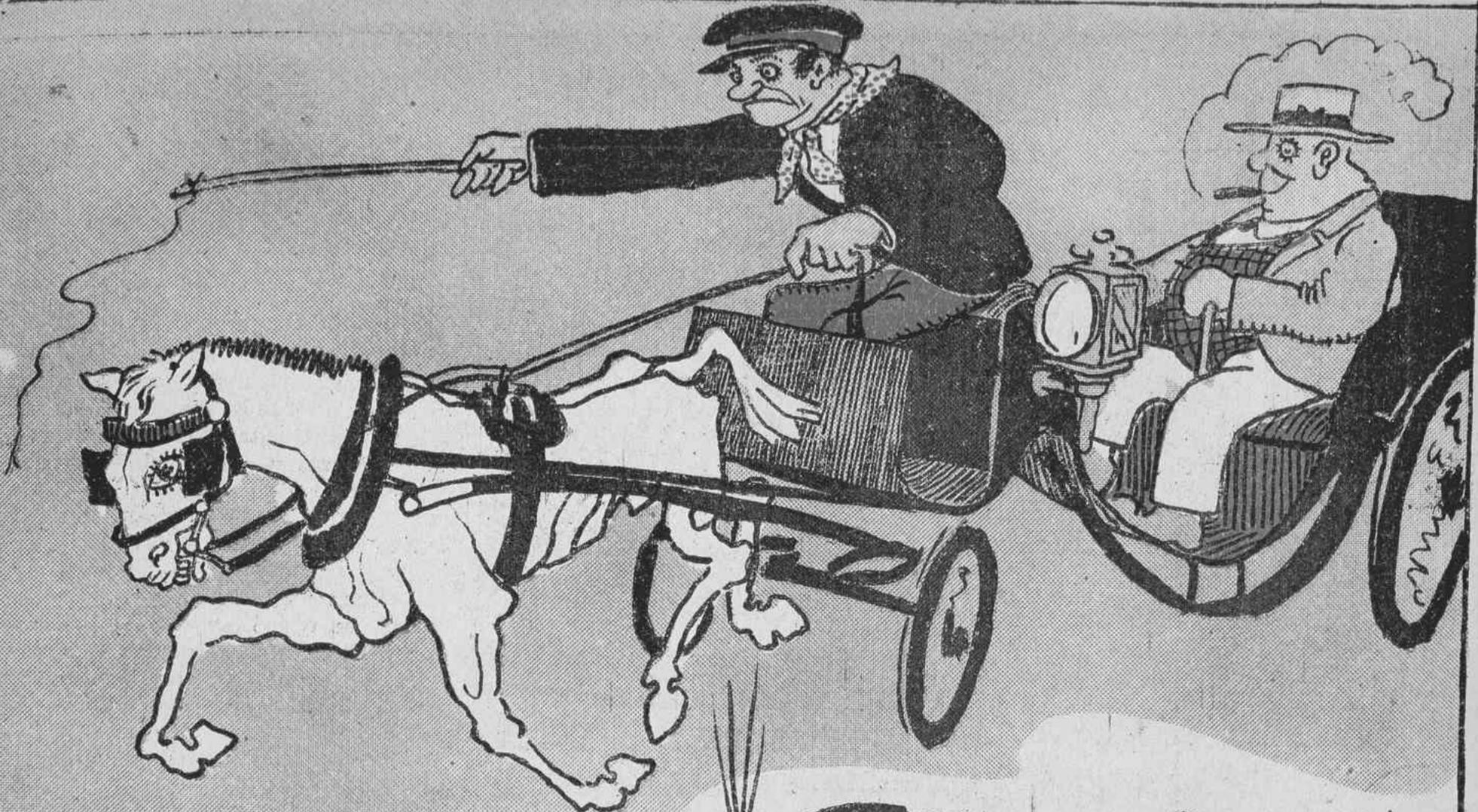
—Claro, ¡si lo llevas en un puño!



DIÁLOGO CONYUGAL



—Es inútil; por más que cavilo no resuelvo nada. Hijita he perdido ya el tino.
—¿Y ahora te enteras de ello?



El cochero.—¡Qué ganas tengo de que me toque el gordo, para dejar el coche!
 El caballo.—¡Que mala suerte la mía! todos los días me ha de tocar un gordo.



—Señorita, yo soy él que la contempla todos los días desde el terrado de la casa de enfrente y estoy muerto por usted.
 —Entonces, no le quiero.
 —¿Por qué?
 —Para qué me sirve un hombre muerto y en-terrado.

—¿Quieren los *misters* que les eche las cartas?
 —No... gracias. Nosotros saber ya ir solos al correo.

F.R.

DE LA EXPOSICION DE BELLAS ARTES



Madre velando á su hijo, por Jarreto y Madrona.

Una madre de Madrona,
que asegura estar velando
y lo que hace es preguntar
á la Central: «¿Con quién hablo?»

TIPOS COMICOS

Los hombres serios.

Los hombres serios son hombres que se caracterizan, especialmente, por una admirable puntualidad cronométrica, y cuya misión en la vida parece estar reducida á no llegar antes ni después de la hora prefijada á ningún sitio. Cualquier hombre no serio puede llegar tarde á la oficina, bien porque se haya entretenido en grata plática con un amigo de la infancia, ó porque, encendido en deseos, no haya podido substraerse á seguir las huellas de una de esas adorables jamonas mañaneras de una plácida y exuberante belleza ocasal. Pero un hombre serio, jamás. Volverá la espalda al camarada que ha tornado, después de luengos años de ausencia, de América ó de la guerra; desdeñará las persuasivas y acariciadoras miradas de la bella prometidora, y se se- pultará en su negociado, eso sí, procurando no adelantarse un solo minuto, para no turbar á los ordenanzas en su limpieza. Allí permanecerá varias largas horas encerrado, estériles é inactivas, sin ocurrírsele ahorcarse con el balduque.

Si un hombre serio se cita con un amigo en el café, comerá atropelladamente y se sentará ante su taza, solitario. Esperará una hora, dos, tres,

dominado por la impaciencia, hasta la jovial y bulliciosa llegada del retrasado, á quien dirá severamente:

—¡ Hombre! ¡ Ya llevo aquí tres horas! ¡ Esto no es seriedad!

—¡ Pillín!—contestará el aludido—. Acabará de llegar.

Ante esta sospecha, el hombre serio estará á punto de desmayarse de indignación.

Un hombre serio ha de hacer todas las cosas á sus horas ya convenidas: comer, dormir, trabajar. Llegará al domicilio conyugal y gritará á su mujer con voz tonante:

—¡ Domitila! ¡ La una, y la mesa sin poner! ¡ Qué perturbación de costumbres! ¡ Esto no es serio!

—¡ Pero si me estoy acabando de peinar!—replicará la interfecta, tímidamente, mientras agita en cada mano un rebuldo de crepé que parece haber sido extraído del respaldo de una silla de gutapercha.

—¡ Pues se peina uno á sus horas, que es lo serio!

Si uno de estos admirables personajes decide hacer un viaje en un día premeditado, su resolución será inquebrantable. Tomará el tren á la hora precisa, aunque tenga que huir de unos dulces brazos acariciadores, dejar á un hijo con una meningitis, ó á su señora madre de cuerpo presente, y aunque la crónica negra de los periódicos venga llena de horripilantes siniestros ferroviarios. No habrá ventura ni desventura que le detenga.

Son estos sujetos los eternamente protestantes del retraso en los espectáculos, y de todos esos pequeños contratiempos que amenizan la existencia.

Pero lo gracioso, lo desconcertante, es que estos entes, que tan sabia, seria y ordenadamente distribuyen su tiempo, no le tienen para nada, porque viven solos, aislados en un estrecho círculo falso y vicioso, esclavos de su puntualidad, como si ellos pudieran encauzar y dirigir las horas, creyéndose que ellos son los directores de los acontecimientos de la vida, y no estos varios, multiformes, inesperados, los que nos embaten, dirigen y arrastran á las veces contra nuestra intención y nuestra voluntad.

Definitivamente, son hombres que no tienen tiempo para reír, ni para amar, ni para leer versos, placeres que á ellos les parecerán un poco pueriles, pero que hay que convenir en que embellecen y espiritualizan la vida.

Constantino Amador.

La muerte del poeta.

I

La lámpara irradia su luz temblorosa, con el cabrilleo de su llama inquieta. Los ojos cerrados, con sueños de rosa, sobre las cuartillas dormita el poeta. Su pálido rostro—que está inanimado—de la luz al rayo, parece de cera. En una cuartilla, el verso empezado, triste y sentencioso su término espera. Ya viene la aurora. Cantan ruiseñores. El sol en los campos descubre las flores. Y por la ventana, penetra en la estancia, alumbrando el rostro del poeta muerto. Suben los aromas del vecino huerto, que llenan el aire de grata fragancia.

II

Ha muerto pensando, quizás, en su amada, ó soñando versos de dulce armonía. Añorando gloria por él no alcanzada; ilusión eterna de su vida umbría. Acaso haya muerto pensando en la niña que le sonriera tras de su ventana, cruzando una tarde la verde campiña, una primavera florida y lejana. Los versos escritos en noches sin calma, en los que en pedazos pusiera su alma, yacen en la mesa, revueltos, dispersos. Fué triste su vida. Fué dulce su muerte. En su boca roja, el sello se advierte de un ansia insaciada de amores per-

Diego Martín del Campo.

De la vida estudiantil.

¡Fresa de Aranjuez... fresa! Este típico recuerdo del final de curso trae á los estudiantes de cabeza. Pasaron desde Octubre felices días de flirteo mundano; Febrerillo el loco prestó los medios de poder acercarse á la adorada y molestar á la futura suegra, además de ceñirse en una habanera ó girar en el torbellino del vals en los bailes, y salen del Carnaval derrotados y sin libros, que tuvieron que convertirse en el disfraz de *bebe* ó en la invitación para el baile de sociedad.

La escuálida cuaresma, con sus días grises de Escocia ó de Noruega, sigue teniendo al estudiante sin gana más que de jugar algunos partiditos de carambolas ó de saborear la rica achicoria en la pesada atmósfera de los cafés.

Y, ya terminada la cuaresma, llegan los días de toros, plétóricos de sol y de alegría, en los que el clásico «¡Eh, á la plaza!» hace olvidar que hay Clínicas y Niños, y Toxicología y Mercantil y Práctica forense, y sólo se recuerda y se discuten las fae-



nas del *Bomba*, *Pastor* ó el *Gallo*. Aprovechemos Mayo. A saturarse de ciencia y de oxígeno va el estudiante al Retiro con las hojas del li-

bro prestadas; pero... ¿quién se niega á la tácita invitación para jugar á las cuatro esquinas ó á la gallina ciega que le hacen un enjambre de



abejas del amor con figura modisteril al futuro Galeno ó al no menos futuro magistrado? A jugar ahora, que no es de chicos bien nacidos desairar femeninos corazones, y entre las tardes y las noches bien puede prepararse para examen el que no es ambicioso y se conforma con aprobar.

—Hasta mañana, Angelita; adiós, Amalia, Lupe, Manolita.

—Adiós, Isidoro; que venga usted, que le esperamos, y, además de jugar, nos embarcaremos si usted quiere.

—¿Pues no he de querer? Yo soy capaz de ir á Buenos Aires en una lancha con ustedes, aunque al llegar me saquen los ojos. Adiós.

—Adiós. Hasta mañana.

Y á casita á estudiar echado sobre la cama de soltero hasta que la patrona avise para comer.

Después vuelta al cuarto á escribir á la novia, que cifra sus anhelos en el mañana del estudiante. Un paseito después de cenar para despejar la cabeza si ha de ser provechoso el estudio nocturno.

Y así... ¡San Isidro! Simpático patrón de la villa y corte de Maura y Canalejas. ¿Quién no va á beber un vasito del agua milagrosa después de los chatos de dorada Montilla? ¿Quién no va á la ermita, aunque sólo haya entrado el Jueves Santo en la iglesia por acompañar á la novia?... ¡A la pradera!...

—Pero, Isidoro, ¿dónde se mete usted?—le pregunta una de las del Retiro.

—Estoy muy ocupado ahora con los exámenes, y en la clínica tengo un parto muy difícil.

—Pues avise usted una comadrona.

Coro de risas argentinas, y al compás del organillo maniobra el estudiante en la pradera del Santo.

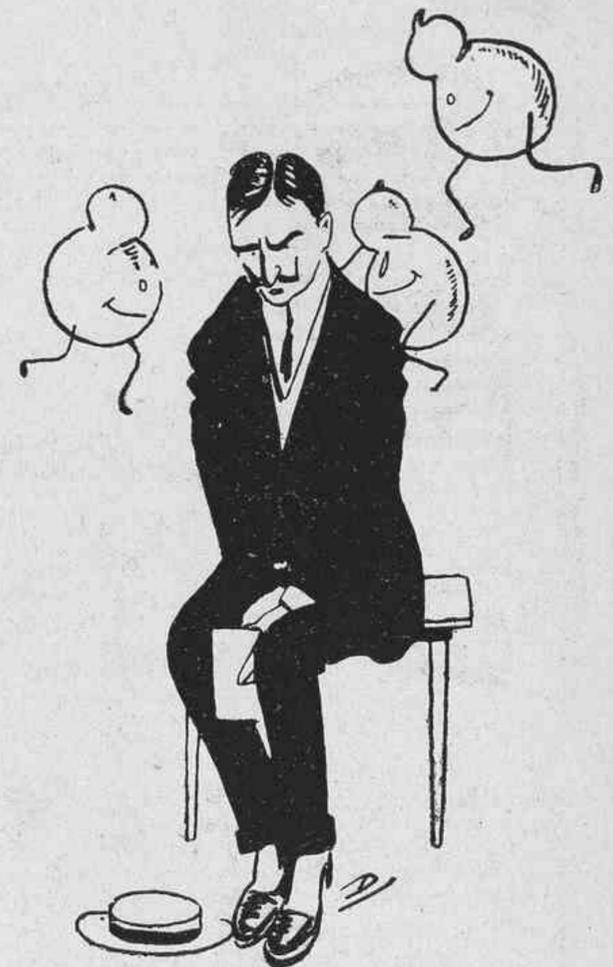
Ya se acabó. Ahora ya á estudiar, que el tiempo es oro y la sociedad espera para utilizar mi talento.

Se empiezan á poner listas citando

para exámenes, que es lo mismo que citar á banderillas, y llega al fin el tan temido momento.

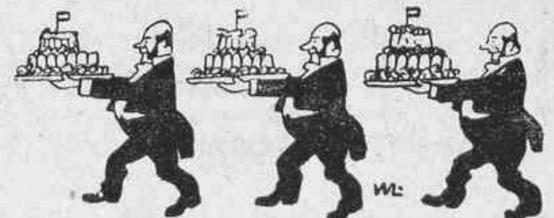
Isidoro Equis. ¡Suspenso!

¡Fresa de Aranjuez... fresa! Vocea un vendedor cargado de excusas, aun-



que no las suficientes para justificar el *suspenso*, y su pregón penetra como sentencia cruel por las ventanas del aula.

J. Romero Arana.



LA NEGRAZA

Canción de la zarzuela "ABIERTA TODA LA NOCHE," letra de los Sres. Jover y Arroyo,
música de los maestros Quisiant y Badía.

Canto
y
Piano

allegretto gracioso

ff p ff p

Chelito (con gracia)

Como soy mo-re-na como soy gi-

ta-na como tengo los o-jos de mo-ra.

- que miranya brasan cuando salga a la calle me di en

los hombres que pasan - con la voz que de se oenron que ce -

Tula, Luciano y Testimo (semigravando) Chelito

¡¡ Se - gra - ra! ¡¡ Se - gra

abre mucho = f ra

Epō: Rubato (muy reconcentrado)

pp o. le ya las mi ge res pomposas ce - ri das de fal da a.

continua

DE LA EXPOSICION DE BELLAS ARTES



UNA MANOLA (Recoder).

Como ahora en la pintura, según he podido ver, dieron todos en hacer cuerpos de inmensa largura, digo, al ver esta figura, que es ya mucho Recoder.

DESDE LA ALDEA

EL CURANDERO

La gente aldeana, más saludable, más desaprensiva ó más descreída, suele tener en menosprecio la ciencia patológica. El médico viene á ser simplemente un elemento decorativo. En un pueblo, un galeno suele tener menos importancia que un albéitar y que un barbero, maestros que, al menos saben de la extracción de muelas y de la aplicación de sanguijuelas, remedios muy generalizados en los términos rurales, para decoro y progreso de la Patología. Claro es que este desdén hacia el médico, cuyas fórmu-

las y recetas les parecen incomprensibles, está compensado por una gran fe, una ilimitada confianza en los curanderos y ensalmadores.

Nosotros, inducidos por esta obsesionante curiosidad periodística, hemos querido penetrar en la ciencia infusa de estos admirables personajes, y nos hemos dirigido á su encuentro para celebrar una de las más estupendas interviús que celebráramos jamás.

Nuestro entrevistado, que tan altas y transcendentales funciones científicas ejerce en su vida oficial, es, sencillamente, en su vida particular un tosco y modesto pastor de cabras.

Nos hemos dirigido á su majada. Nuestro pastor hallábase yantando su empanaje, regado con copiosos y frecuentes tragos de vino de un panzudo botillo, semejante á aquellos zagues que hicieron las delicias de Sancho Panza en compañía de los cabreiros. Al enterarse de nuestro deseo se ha rascado filosóficamente la cabeza, ademán que indica en los lugareños hallarse entregados á la más profunda meditación. Luego ha comenzado:

—Señor, yo no soy ningún *saborín*. Yo he aprendido á curar á las personas en los animales, y perdone la comparanza, porque mal *comparao*, un cristiano es igual que una cabra, ó que un buey ú otra res cualquiera. *Toos* los remos los tenemos iguales.

—Y ¿hace mucho tiempo que ejerce usted tan humanitaria profesión?

— Toda la vida, señor. Ya *dende* zagal, cuando alguna vez se perniquebraba un res, yo la hacía sanar. Luego, empecé con las personas.

—¿Acudirá mucha gente á... *su clínica*?

—¡Nunca falta! Uno que se ha *contorcido* un pie; otro que se ha caído de una mula; otro que se ha *chascao* un brazo.

—¿Cobrará usted buenos estipendios?

—A voluntad, señor. Si dan una limosna, se toma.

—¿Y las enfermedades internas: el estómago, el hígado, resfriados, calenturas?

—Para eso no tengo gracia. Yo sólo curo de los *remos*.

Esta otra confesión nos ha dejado también estupefactos, porque, aunque ya habíamos observado que no era capaz de hacer reír á nadie sin cosquillas, tampoco comprendíamos qué falta hacía ser Enrique Chicote para curar á un enfermo. Pero él nos ha sacado de la duda:

—Quiero decir que no tengo virtud. Esos son los ensalmadores. Lo más, las heridas. Se curan en seguida con algunas plantas. También es bueno la boñiga de la vaca.

Nos hemos separado profundamente admirados de aquel hombre y de sus procedimientos antisépticos, de-

jando para otro día la visita al ensalmador, á quien también haremos personaje literario.

Antonio Roldán (hijo).

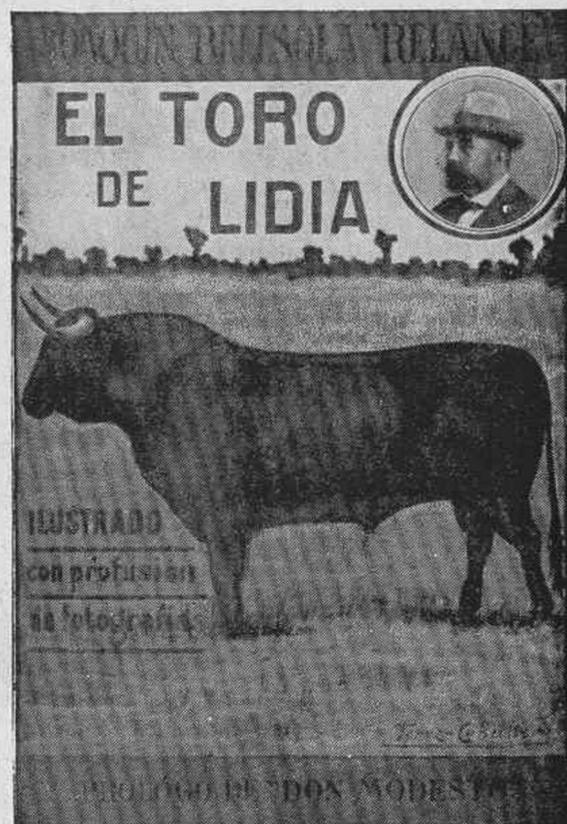
Correspondencia particular.

D. V. M.—Madrid.—Sus «Chulaperías» no han podido ir, en primer lugar, por ser excesivamente largas, y en segundo, por carecer de la fuerza cómica que deben poseer tales producciones, si quiere competirse con el maestro López Silva. Afine, y comprímase.

D. Julio Deache.—Barcelona.—La composición titulada «Mayo» no acabó de convencernos.

D. C. D. B.—Sus «Cosquillas» no nos han hecho reír. ¡Y eso que aquí somos gente de buen humor!

D. R. M. C.—¿Más «Chulaperías?» ¡No, por Dios! ¡Ah! Y otra vez no mande *refritos*. Bastante *refritos* estamos ya en esta su casa, dada la temperatura de que gozamos.



Este es un libro de toros, nuevo é interesantísimo, debido á la brillante pluma del prestigioso crítico tau-rino D. Joaquín Bellsolá, *Relance*.

En 300 amenas páginas, contiene una porción de preciosos fotogra-bados y un admirable prólogo de *Don Modesto*.

La magnífica portada litográfica á siete colores, representa un so-berbio toro negro en el campo.

Se trata de una obra en la que se aprende mucho y con la que se de-leita el lector.

Por eso no dudamos en recomen-dársela á todos los aficionados. Compradla y nos lo agradeceréis.

Se halla de venta, al precio de tres pesetas, en todas las librerías y en estas Oficinas.

INFORMACIÓN TEATRAL



—¿Conque Lara cerró sus puertas después de haber hecho una temporada lucidísima?

—Así parece. El último estreno allí verificado dos días antes del cerrojazo, fué el de una fantasía cómicolírica titulada *Las decididas*, original del representante de la Empresa, Tomás Allenza, con notas musicales del director del sexteto señor Moreno Ballesteros y de su hijo Moreno Torroba. *Las decididas* es un propósito muy *á propósito* y lindo para que las monísimas niñas de Lara luzcan sus facultades artísticas de diversas maneras, ora como actrices, ora como cantantes, ora como bailarinas, ora...

—Hora y media vas á estar «dale que te pego» al asunto... Comprendido.

—¡Dispensa! No era mi ánimo molestarte explicándote en síntesis el argumento de *Las decididas*.

—¡Es que te traes unos argumentos!...

—¿Te será molesto que haga constar que en el teatro de la Princesa, como en Lara, han terminado la campaña?

—Hombre, no saques las cosas de quicio... Ya sé que el lindo coliseo de la calle del Marqués de la Ensenada cerró sus puertas hasta el próximo otoño.

—En la función de despedida de la compañía se estrenó una comedia de Rivoire y Besnard, adaptada á la escena española por Antonio Palomero, y que lleva por título *El amigo Teddy*.

—¿Gustó?

—Pasó, que viene á ser casi lo mismo. La señora Guerrero y el señor Thuillier interpretaron sus papeles con especial cariño.

—¿En el Coliseo Imperial se ha estrenado una obra inspirada en el género de producciones que representan en *El Gran Guiñol*?

—Sí, mi estimado «cófrade». *El club de los suicidas*.

—Me han dicho que la obrita le pone á uno los pelos de punta... Los calvos que la vayan á ver están de enhorabuena; no se les erizará el cabello á pesar de las emociones que «gocen»...

—Los semiautores de la comedia, los hermanos Fernández-Portero, el

señor España, y no sé si alguno otro más... han llevado á efecto una labor de muchísimo *idem*, y que si en *idem El club de los suicidas* produce el apetito *idem* que los autores desearían que produjera en el público, el éxito tal vez acabara por ser completo.

—Efectivamente...

—¿Fuiste al beneficio de Carlos Rufart?

—Fuí, porque había un estreno; *El cuento del dragón*.

—Que agradó al respetable senado.

—Desde el final del cuadro primero, pues antes hubo momentos en que el público comenzaba á impacientarse. Linares Becerra ha escrito un libro, muy bien «escrito»; esto sobre todo, pero... ¡maldito pero!... que no encaja en el marco del teatro Apolo. La acción, que es lánguida, se desarrolla demasiado infantilmente; en aquel Gran Casino de Marbelia (en donde se permite y se permitirá siempre el juego—conste que es una ciudad imaginaria, señores Canalejas y Soriano...—, quiere pasar mucho, y en realidad, no pasa nada; los personajes, casi todos ellos, son *embolados*, dicho sea sin molestar á nadie, ojito; y únicamente las figuras que tienen algún interés son las que corren á cargo de las señoritas Palau y Lahera, y el señor Rufart. Los tres números de música que ha compuesto el maestro Jiménez, no diré que sean una maravilla de inspiración, pero responden perfectamente á las exigencias de los cantables.

—De manera que los intérpretes...

—Bien; en primer lugar, la Palou, que, al decir el cuento del hombre-naturaleza, me recordaba en la voz, en el gesto y en los ademanes á su insigne tocaya María Guerrero. (¿De acuerdo, Mariquita?) Rufart, poco posesionado de su papel y un tanto inflexible. Videgain, demasiado en caricatura; por lo demás, graciosísimo. *El cuento del dragón* llegará á las 20 representaciones, fácilmente.

—En cambio, en Novedades *Malas pulgas* pasará de las 100.

—El numerito «se las trae»...

—Todo lo que quieras; pero ese sainete lírico estrenado en el beneficio de Lamas satisfizo mucho á los

morenos y rubios la noche de su estreno. Ciertamente que Fernández Palomero, autor del libro, ha confeccionado una obra archigraciosísima, y los maestros Luna y San Nicolás una partitura muy juguetona y agradable, de las que se repitieron algunos números. Las señoritas Zapatero y Pastor, y los señores Lamas y Lorente nos hicieron «de reir la mar»...

—Ya te habrás enterado de que Mihura y del Toro han estrenado con ruidoso y merecido éxito en el Cómico.

—¿Qué me vas á decir á mí, si estuve en el estreno!

—Esa nueva zarzuela en dos actos *Viva de genio* es de lo mejorcito que han escrito dichos fecundos autores.

—No diré que no. Esta vez no hay ocasión de «meterse con ellos», han triunfado en toda la línea. Es obra de las que en verdad gusta al público bonachón del coliseo de la calle de Capellanes; todo Madrid irá á ver *Viva de genio*, á celebrar las aventuras que suceden en esa zarzuela y á escuchar unos números de música muy lindos que ha escrito López Montenegro, el saladísimo «Cyrano».

—Y á los intérpretes que los parta un rayo.

—¡No en mis días! La labor de Loreto y Chicote, en todos momentos digna de encomio, como la que realizaron la Francos, la Medero, la Román y los señores Castro, Ripoll, Alonso, Ponzano y Bermúdez, es de las que se celebran con aplausos.

—Me han dicho, ya que hablamos del Cómico, que en manos del incomparable Chicote ha caído un juguete cómico en tres actos, graciosísimo, cuyo título no hace al caso, y que si se decide á estrenarlo será un gran éxito de risa. ¿Sabes tú algo?

—Ni una palabra; pero no te apures, que le pediré noticias al mismísimo D. Enrique, y á la Loreto, á quien tanto le ha gustado el libro recién publicado de cosas de teatro *De telón adentro*.

—Aguardo, pues, tus noticias.

—Pues, espéralas sentado...

Colirón.

La mejor cerveza
es la de

LA CRUZ DEL CAMPO

de

SEVILLA



DEPOSITO en MADRID

Sevilla - 2